

EL DÍA EN QUE GAIS, LESBIANAS, TRANSEXUALES Y BISEXUALES DIJERON ¡BASTA!

Los disturbios de Stonewall Inn

Lo que ocurrió aquel 28 de junio de 1969 en Stonewall Inn, en la calle Christopher de Nueva York, fue algo totalmente espontáneo. En eso coinciden todos los relatos y crónicas de aquellos días. Por primera vez gais, lesbianas, transexuales y bisexuales hicieron frente a la policía en unos disturbios que duraron varias jornadas. «Nos habéis tratado como mierda todos estos años, ¿no? ¡Ahora nos toca a nosotros!», proclamaba Silvia Rivera, mujer transexual que estuvo en el interior del bar durante el estallido. La policía no podía creer que «los maricones contraatacaran». Pero contraatacaron de tal forma que su lucha se extendió como la pólvora y, desde entonces, el 28 de junio se conmemora el Día del Orgullo LGTB (lesbianas, gais, transexuales y bisexuales).

Mauricio R. Panadero

El bar Stonewall era propiedad de la familia Genovese desde 1966, o sea de la mafia. Periódicamente un policía recogía un sobre con el soborno correspondiente, «la gayola», ya que el bar no contaba con el permiso oficial para vender bebidas alcohólicas. Bueno, parece que por no contar, no contaba ni con agua corriente, ni con salidas de emergencia, por ejemplo. Eso sí, era el único bar para personas LGTB en el que se permitía bailar.

Un portero permitía la entrada a la clientela después de ser inspeccionados a través de una mirilla. El ambiente era oscuro y si se detectaba la presencia de algún policía se encendían las luces normales para indicar que nadie se tocara, ni se besara. Jóvenes, mayores, negros, blancos, hispanos abarrotaban el bar gay más popular de la ciudad.

Una vez al mes la policía hacía redadas, de las que avisaba previamente. Redadas tempranas para que después el negocio pudiera seguir. Eso sí, quienes usaban ropa del sexo opuesto eran detenidos. Los días previos al 28 de junio las redadas se sucedieron en varios locales.

A la 1:20 de la madrugada del 28 de junio irrumpieron cuatro policías vestidos de civil con dos oficiales uniformados. El «Escuadrón de Moral Pública» esperaba en el exterior. Unas doscientas personas abarrotaban el Stonewall y quienes se olieron la tostada intentaron escapar, pero la policía bloqueó las puertas. Comenzó la confusión y la tensión y las cosas no ocurrieron como era habitual.

Los travestidos se negaron a ser arrestados y el resto se negó a identificarse, así que la policía decidió llevarse a todo el mundo a la comisaría. Los coches celulares tardaban y a muchos clientes se les dejó en libertad, pero no despejaron el lugar. Al revés, poco a poco se fue congregando una muchedumbre en la calle que fácilmente superaba el millar cuando llegaron los refuerzos policiales.

Dicen las crónicas que alguien gritó: «¡Poder gay!» y se comenzó a entonar la canción activista de Pete Seeger, «We shall overcome» (Venceremos). El buen humor se mezclaba con la tensión y la hostilidad.

Desde bares cercanos llegaban más personas, como el cantante folk Dave Van Ronk. Aunque Van Ronk no era gay había sufrido la



represión policial durante manifestaciones contra la guerra. Después explicaría: «Según mi forma de pensar, cualquier persona que se opusiera a los policías estaba bien y por eso me quedé...», la policía cometía constantemente atrocidades de todo tipo».

La gente empezó a tirar monedas a los coches policiales. Una mujer esposada fue llevada del interior del bar hasta un coche celular, se zafaba, fue golpeada e inquirió a los concentrados «¿Por qué no hacen algo?» Un policía la levantó hasta introducirla en el coche y explotó la tensión.

Violencia policial, pistolas desfundadas, adoquines, furgones, travestis luchando furiosamente, cargas indiscriminadas... 45 minutos de caos hasta el día siguiente que volvieron los disturbios a la calle Christopher. Disturbios entre lluvia y panfletos que rezaban: «Sacad a la mafia y a los policías de los bares gais».

Los incidentes continuaron durante toda la semana. La lucha fue imparable y se puede resumir con la contundencia de un participante: «Se ha corrido la voz. Christopher Street será liberada. Los maricas se han hartado de la opresión». ■

Cadáveres

Alfonso Roldán

Aunque la muerte es el momento más solemne de la vida, en mi familia desarrollamos cierto humor negro alentados quizá por don Mauricio, mi abuelo materno, que era marmolista. Don Mauricio tuvo que bandear con viudas, viudos, desconsoladas hijas y con epitafios del tipo «por un peo aquí me veo». Al menos eso contaba él...

Cosas de la vida, o de la muerte, el otro día me encontré en *El Mundo* unas fotos y un video con cadáveres hacinados en la Facultad de Medicina de la Complutense. Las imágenes eran de mal gusto y llamaban a eso tan humano que es el morbo. Yo, que soy humano, miré y vi las imágenes quizá especialmente horrorizado porque mi padre, al morir, hace tres años, donó su cuerpo a esta Universidad para que los estudiantes experimentaran con su cuerpo.

No donó mi padre su cuerpo «a la ciencia», como él decía, por ahorrar en el entierro, sino consciente de que estaba prestando un último y solidario servicio a la sociedad. Tenía claro que después de muerto ese cuerpo ya no era nada. Recuerdo que comentaba la costumbre de los esquimales. Éstos abandonan a los viejos, aún con vida, entre los hielos para que los osos los devoren. Luego, el oso es el alimento de los esquimales y así el espíritu del muerto vuelve al hogar. Así escrito puede resultar hasta poético, pero si vemos las imágenes de un oso devorando a un esquimal moribundo pues la cosa cambia.

Eso me ha ocurrido. Ver las imágenes en las que una de esas piernas podía ser del cuerpo de mi padre no es agradable, pero él mismo hablaba de las «perrerrías» que con su cuerpo harían.

Lo que más me ha molestado de esta truculenta historia, más que las imágenes, es que al final se ha usado el cuerpo de mi padre por algún interés espurio. Vendetas políticas entre departamentos quizá apuntando al rector Carrillo. Eso también le habría molestado a mi padre.

Sí me gustaría saber si alguno de los periodistas de *El Mundo* tienen algún padre entre los cadáveres hacinados. Incluso me gustaría saber si los padres de los profesores de anatomía, o quien abrió aquella puerta de los horrores, tenían el cadáver de algún familiar. Lo que tengo claro es lo que decía mi abuelo, el marmolista: «Después de burro muerto, la cebada al rabo» ■

«Algún lugar, más allá del arcoiris»

Más allá del trato que el colectivo padecía desde tiempo inmemorial, la chispa de los disturbios comenzó a prender el 22 de junio. La actriz Judy Garland, a sus 47 años, apareció muerta en Londres supuestamente por una sobredosis de barbitúricos. Garland se convirtió en un icono gay desde que interpretó a Dorothy en su película más conocida, *El mago de Oz*. De hecho, en la comunidad gay norteamericana se utilizaba

el código «ser amigo de Dorothy» ya que en la película la niña era amiga de personajes «raros».

También en *El mago de Oz* la actriz cantaba *Somewhere, over the rainbow*, que describía un lugar imaginario más allá del arcoiris donde los sueños se hacían realidad. Este tema musical pronto se convirtió en uno de los himnos de la comunidad gay y, tras los disturbios del 28 de junio, sirvió de inspiración al artista Gilber

Baker para diseñar la bandera arcoiris del movimiento LGTB.

El día 27 de junio se celebraron los funerales de Judy Garland en Nueva York. Los funerales se convirtieron, de forma involuntaria, en la primera manifestación gay de Estados Unidos. La multitud que llenaba las calles se dirigió a los pocos locales de ambiente gay que existían. La noche era especial y cargada de emoción...



tu participación
construye
tu sindicato